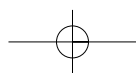


en pocas palabras, el orden mundial



Ilustraciones de Miguel Brieva, tomadas de la revista *Dinero*.



¿Puede sobrevivir la democracia al capitalismo financiero?¹

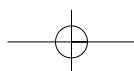
por Àngels Martínez i Castells

Una de las respuestas obvias que no pueden faltar a la pregunta sobre la quiebra de la cultura democrática es el progresivo sometimiento de la política a la economía en un proceso perverso que ha pasado de negar la intromisión de la economía en la política hasta monopolizar su sustitución.

En dicho proceso se han ido generando tensiones sociales y políticas con las que es más difícil convivir cada día, al tiempo que se retorció la explicación de la realidad haciendo casi imposible no tropezar una y otra vez con los reflejos distorsionados de los espejos deformantes. La interesada deformación nos asalta desde las páginas de los periódicos y en los libros de texto. Y no hay duda que el campo de la economía está en primera línea del engaño consciente y consentido, repitiendo modelos e impartiendo teorías que nunca fueron verdad. Es difícil encontrar en el pensamiento y adoctrinamiento económico establecido alguien inocente, pero todo el mundo sigue participando en la ceremonia togada que repite el fraude intelectual y científico. Primero fue la teoría económica. A continuación, buena parte del montaje académico de la tergiversación se encargó al constitucionalismo –del que formará parte la escuela de la Public Choice– y que se galardonó con el Premio Nobel de Economía en 1986 en la persona de James Buchanan *“Por su desarrollo de las bases contractuales y constitucionales para la teoría del proceso de las decisiones económicas y políticas”*. Lo que le valió el Nobel a Buchanan fue su propuesta de ofrecer una guía a los políticos para el cambio constitucional analizando desde la economía la elección de restricciones institucionales en lugar de asesorarles, dentro de un marco constitucional derivado de un proceso histórico, social

y político, en su elección entre restricciones. Para ello utiliza el individualismo metodológico y la “lógica de las leyes” que se derivan de los intereses individuales. En tanto que es difícil imaginar en cualquier proceso constitucional la ausencia de valores compartidos e intereses de clase, el planteamiento constitucional de Buchanan parte del individuo, y únicamente del individuo, como fuente de valores.

La sustitución de la colectividad por el individuo en los planteamientos de la escuela de elección pública figura en la primera línea de sospechosos a la hora de hallar culpables de la quiebra económica y política. En su constante evocación de Adam Smith pretende que volvamos a tiempos pretéritos de un supuesto “Estado mínimo”, y recluir sus funciones económicas en aquellos aspectos “neutrales” e “irrenunciables” de los que se alega que por sus características concretas no pueden explotarse con beneficio, escondiendo en su propuesta una hipocresía inicial. En efecto, la representación diplomática, el ejército e incluso los faros que suelen salir como tareas indiscutidas del Estado liberal, eran bienes utilizados en especial por una clase que comerciaba, poseía naves y astilleros y defendía sus intereses por la disuasión o por las armas. Por tanto, incluso cuando los gastos del Estado se movían en torno al 10% de un PIB de muy difícil cuantificación, este gasto no era neutral en relación a las clases sociales.



Cuando finalmente se recibió en los salones académicos al Estado interviniente, le acompañaron los títulos prestados por Lord Beveridge y Lord Keynes que le acreditaban –al finalizar la II Guerra Mundial y a pesar de la pactada división de Europa– como salvador del capitalismo. El llamado Estado del Bienestar fue la respuesta pactada a partir de un determinado nivel de la lucha de clases –que ya en aquellos momentos rebasaba los Estados– a largos años de desequilibrios económicos y políticos que podríamos acordar se inician con la crisis del 29, siguen con las altísimas tasas de paro de los años treinta, las medidas de contención de la banca y el capital financiero de Roosevelt y el New Deal, para acabar en la II Guerra Mundial.

En tanto se iba afianzando el poder económico, monetario y militar de los Estados Unidos, en Europa – con ayuda del Plan Marshall y el silencio sobre la extensión progresiva de las bases americanas– se procedía a la implantación de las políticas de bienestar que no trató a las mujeres en pie de igualdad. El proyecto beveridgiano que pretende acompañar al ciudadano “desde la cuna hasta la tumba” fue diseñado sin la voz de las mujeres, y cuenta con el papel subalterno de la madre, esposa, e hija al lado del bebé y del enfermo aunque para ello disponga de subsidios, ayudas por maternidad, y compensaciones por rescisiones de contratos. El estado del bienestar que intentará mejorar las condiciones de vida de toda la sociedad, pero “sin” contar con las mujeres, tendrá efectos contradictorios, ya que apartará definitivamente a muchas mujeres del mercado de trabajo o abocará a otras muchas a una posición inestable de entradas y salidas de los puestos de trabajo remunerado con pérdida de derechos económicos, interrupción de la formación y pérdida de experiencia laboral. De hecho, contribuyó a que fueran precursoras de una precariedad que después se postulará para el conjunto de asalariados y asalariadas. Cuando finalmente las mujeres se organizan y pueden exigir del Estado del Bienestar “políticas amigas de las mujeres” ya habrá estallado la crisis económica de los 70. Con la complicitad remanente del código napoleónico, la manera que economía y política tratarán a las mujeres incidirá de forma clave en el propio desarrollo de la economía y la democracia de las naciones, como ha demostrado sobradamente con sus trabajos Anne Marie Daune-Richard (1991), comparando la evolución de Francia y Suecia a partir de los años 40 hasta este milenio, entre otras investigadoras.

A pesar de ello, el modelo del Estado del Bienestar se convirtió en el paradigma de los Estados occidentales europeos desarrollados. Muy pocas voces expresaron su desacuerdo, aunque la más destacada fue la de otro Premio Nobel de Economía

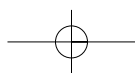
anterior (de 1974), Friedrich August von Hayek, ya desde la década de los cincuenta. Sus advertencias sobre el “riesgo” que la intromisión del papel económico del Estado suponía para la libertad –y que tan brillante como pintorescamente desmascaró Hirschmann(1995)–, sentaron las bases del nuevo pensamiento conservador. Las ideas de Hayek permanecieron latentes y aparentemente estériles hasta la crisis económica de los setenta, cuando empezaron a emerger las voces multiplicadas –cada vez más fuertes y atrevidas– a favor del Estado mínimo privatizador que debía amputar sus funciones económicas de redistribución progresiva y abandonar las transferencias que aseguraban tanto las rentas en los tiempos de crisis como la pervivencia en el mercado de una mínima Demanda solvente. Las honras fúnebres de las políticas keynesianas se celebraron sobre un escenario de incrementos constantes de la inestabilidad y de las tasas de paro, con un factor añadido importante y nuevo en la historia: *por primera vez en la fase ascendente del ciclo económico los salarios no aumentan su participación en la distribución factorial de la renta*. Este hecho nuevo significa ya el embrión explicativo de la gravedad de la crisis que atravesamos.

Al estancamiento de los salarios se unirá un fenómeno social de lectura doble: La mayor presencia de las mujeres en todos los ámbitos educativos, en especial su fuerte incremento en las Universidades, se traducirá lógicamente en una mayor proporción –y visibilidad– de las mujeres en la población activa, con el afianzamiento y extensión de sus derechos individuales, sociales y económicos.

El menoscabo de lo público y la escuela de la “elección pública”

La fuerte interrelación existente entre economía y política que desde K. Marx se ha venido afirmando desde la izquierda había sido un concepto combatido, cuando no radicalmente negado por la economía convencional. La economía de finales del siglo XIX y principios del XX pretendió asimilarse a las ciencias físico-químicas eliminando los juicios de valor, lo cual implicaba esconder todo vestigio de política en el funcionamiento de los procesos de producción, distribución y consumo. La economía “científica” de finales del s/. XIX y todo el s/. XX, (la economía que explica y justifica el capitalismo) consagró el doble “rifiutto” de la política y de todas las actividades no mercantilizadas a pesar de su indudable influencia sobre la calidad de la democracia y la propia subsistencia humana, y se centró en el comportamiento de un agente del mercado activo y eficaz: el “homo economicus”, más tarde rebautizado como “hombre de Davos” por Lourdes Benería (2006).

Hemos llegado al desencuentro total entre las necesidades reales, básicas, de las personas, y las necesidades del neoliberalismo.



ÚLTIMAS NOTICIAS DEL AVANCE DEL PROGRESO DEL BIENESTAR



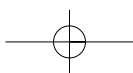
De manera soterrada, la política se había ido abriendo paso con el establecimiento del llamado Estado del Bienestar Keynesiano, y alcanzó el primer plano con la escuela de la “elección pública”. El neoliberalismo de inspiración hayekiana encontró en el ámbito específico de la política económica la valiosa compañía de Buchanan y sus seguidores que proyectaron el “homo economicus” al escenario político en el doble y contradictorio papel de votante miope con de memoria de pez y en el de experto futurólogo que sabe anticiparse a las políticas y neutralizarlas, con lo que las hace inútiles. Por tanto, prefiere que el Estado sea lo más reducido posible y pagar menos impuestos arriesgando su capacidad de consumo futuro por consumo presente. Ni le preocupan el medio ambiente, ni las externalidades. Así, el pensamiento único de la teoría econó-

mica se hizo acompañar del pensamiento único para la “única” política económica posible y el “único” procedimiento adecuado para la formación de dichas políticas, para las recomendaciones que de las mismas debían derivarse, y para el análisis y la valoración de sus efectos, preservando en todas y cada una de las fases y en la elección de los actores la invisibilidad de género y de clase.

Transmutada en agente de la democracia, la Public Choice supone que “el votante” escoge los programas políticos que le aseguran crecimiento de la renta, más empleo y menor inflación, aunque cuando se haya franqueado el muro de los noventa encontrará en la política propuestas de un mundo en el que le costará más reconocerse, puesto que le propondrán la reducción del Déficit Público, la inflación y los tipos de interés, junto a la atractiva propuesta de estabilidad tipo de cambio (Tratado de Maastricht (1992) dixit.) Es decir, de darle elegir cada cuatro años entre propuestas económicas que respondían en buena medida a las necesidades económicas de las personas, se le cambia a un escenario político donde lo que importa es que vote a los partidos que mejor pueden defender los intereses concretos –casi diríamos que los mecanismos precisos– que permitirán la acumulación pura y dura del capital, sin darles siquiera maquillaje humano.

Así se produce un alejamiento doble y expreso de la economía y la política que ha corrido paralelo a dos procesos históricos antagónicos que generan enormes tensiones entre sí y que podríamos resumir en, por una parte,

- ◆ Progresivo deterioro de un modelo alternativo basado en la desaparecida URSS y su juego de equilibrios geoestratégicos;
- ◆ Consenso de Washington y compromiso de las principales administraciones en el poder (de hecho o en potencia) con el programa neoliberal;
- ◆ Desarrollo de las liberalizaciones para los grupos oligopolísticos que han acabado por provocar (juntamente con la pérdida de poder adquisitivo de la clase obrera de los países desarrollados) la crisis económica actual.
- ◆ Deterioro progresivo del concepto y tratamiento económico y político de los “bienes públicos”, en un nuevo ataque deliberado a “lo común” que puede significar tanto trastorno y miseria social como en su momento



supusieron las “enclosure acts” británicas.

Y por otra parte:

◆ Desarrollo histórico y controvertido de los derechos de ciudadanía a más personas que acceden a los derechos civiles, políticos, sociales y económicos y que finalmente entran ya en los derechos de cuarta generación, generando tensiones insostenibles en la medida que desafían los decorados de la democracia representativa, ya que la organización y participación de la sociedad civil rompe el juego de monopolio de los políticos “que venden programas por votos” como ya había anticipado Schumpeter y repite con desenfado la escuela de la Public Choice.

El alejamiento (la alienación) de las necesidades de los oligopolios económicos y financieros convertidos en programas políticos obliga a las personas a atravesar una maraña de conceptos que les son completamente ajenos para cotejarlos con sus necesidades reales, puesto que ahora el crecimiento del empleo o de las rentas resultará ser un producto derivado, secundario e incierto del imprescindible cumplimiento de los nuevos “resultados-necesidades” que se imponen desde las Presidencias y las Direcciones Generales de las grandes empresas a los políticos democráticamente elegidos sin ningún rubor: desde la Sala de Juntas de la gran corporación, la pérdida de poder adquisitivo de los salarios, la precariedad en el empleo, la ruleta del paro, se presentan además como una especie de tierra prometida para que la economía no se hunda y a la que se llegará después de atravesar el árido desierto de los requerimientos de la moneda única, o de las exigencias del Fondo Monetario Internacional, o de satisfacer los atracos a mano armada de los grandes bancos y las empresas más importantes de cada sector. Todo lo cual implica postergar y sacrificar las necesidades reales de la inmensa mayoría de la población.

Así, finalmente, si los votantes de la elección pública despiertan del sueño del pensamiento único y se organizan como ciudadanía para defender sus intereses, se encuentran de hecho con la deslegitimación de sus necesidades puesto que cualquier petición o reivindicación de normalidad democrática –una disminución del recibo del agua, reducción de la jornada laboral, incrementos de salarios, la gratuidad de las medicinas o un buen servicio público de atención y prevención de la salud, por ejemplo– atentan contra la lógica de las

necesidades neoliberales establecidas en el sentido de que –según se alega– tendrían consecuencias inflacionarias, o incrementarían el déficit del Sector Público, o ambas cosas a la vez. Con el segundo esquema hemos llegado por tanto al desencuentro total entre las necesidades reales, básicas, de las personas, y las necesidades del neoliberalismo.

En los casos más extremos, también el capitalismo ha llegado a declarar las necesidades existentes como no existentes en una nueva forma de dictadura sobre las necesidades. En su forma manipuladora más refinada el sistema reconoce las necesidades existentes pero no permite la producción de formas alternativas de vida, acabando por incrementar la neurosis y la violencia en la sociedad. Pero es que, además, en la actual situación de crisis económica, ecológica y social, las repercusiones de las políticas neoliberales llegan a afectar aspectos determinantes de la salud de las personas, tanto a nivel individual como en su dimensión social y colectiva. Y, aún así, el esquema sigue diciéndonos que los políticos esperan conseguir buena nota de los grandes grupos económicos, y que los votantes cada vez menos ciudadanos les mantengan en el poder. En caso contrario, se dará luz verde a la oposición que, dentro del esquema de este trabajo, nunca podrá representar una alternativa real, sino una mera alternancia (por lo menos en lo que a política económica se refiere).

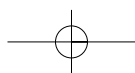
En busca de diagnóstico y alternativa

Con una crisis económica y financiera que se produce al mismo tiempo que la crisis ecológica y alimentaria parece difícil dar una respuesta optimista a cualquier supervivencia de la democracia, ya que los mismos modelos explicativos desde lo establecido la someten a dolorosas tensiones cotidianas, cuando no la confunden y proscriben. Aunque los efectos sean evidentes

para quien acepte verlos, lo cierto es que el neoliberalismo ha sabido invisibilizar no sólo lo que carece de valor mercantil, sino también todo lo que carezca de atractivo en el mundo real y virtual de la compra-venta. Por ello es preciso un diagnóstico detallado de los estragos y las reflexiones de Barbarà en este sentido me parecen impecables. Barbarà comienza la anamnesis con el impacto del modelo neoliberal que se refleja en las condiciones de trabajo y en el trabajo mismo, y se extiende a los hábitos de vida, vivienda, alimentación, cultura. Así, se condiciona y conforma una forma concreta de vivir, sentir, sufrir... e incluso y necesariamente morir (aunque se intente obviar el tema bajo absurdas consignas de buen gusto).

Desde la óptica de la salud humana la presente crisis agudiza lo que eran las tendencias perversas de la depredación neo-

Parece difícil dar una respuesta optimista a cualquier supervivencia de la democracia.



liberal global. Es decir, supone de forma demostrada *un incremento cuantitativo y cualitativo de enfermedades y sufrimiento*. En primer lugar, de las patologías mentales, incluidas las depresiones y el suicidio, y también de estilos de vida insanos con más y nuevas adicciones, hábitos insalubres, medicalización excesiva, fugas esotéricas y búsqueda ciega de falsas panaceas, integrismos parareligiosos, desigualdades crecientes, precariedades y paro laboral con más desregulación y más incertidumbre, mercantilización de servicios públicos progresivamente degradados vía privatizaciones. Pérdidas a fin de cuentas de las condiciones de vida y trabajo, abuso de drogas, generalización del sedentarismo, consumismo y egocentrismo patológicos, soledad obligada, baja autoestima y pérdida de autonomía o del sentimiento de pertenencia social y del sentido crítico. Junto a ello se elabora la devaluación de conceptos como el de solidaridad y otros valores sociales y políticos, que acaban por desnaturalizar la democracia con la aceptación fatalista de la sumisión y el aumento de las discriminaciones y agresiones de género, xenófobas y racistas. La lista todavía podría ser mayor, pero lo recogido hasta aquí ya es muy grave e ilustrativo.

Algunas realidades resultan especialmente duras, pero empiezan a ser otra vez demasiado cotidianas: suicidios más o menos lentos en el puesto de trabajo motivados por las condiciones del mismo y también por su pérdida; desalojo del hogar o inexistencia de las necesarias tareas de mantenimiento en viviendas de bajo estatus social (con siniestros mortales por deterioro de infraestructuras o de instalaciones en los inmuebles), renuncia a la emancipación personal del hogar familiar de las personas jóvenes y dependencia económica de profesionales y universitarias/as que con las “modernas” perspectivas de Bolonia no pueden acceder a trabajos remunerados compatibles con horarios lectivos y se ven abocados a suscribir créditos para financiar sus estudios (las exigencias del Plan Bolonia no sólo degradan titulaciones, sino que convierten a los jóvenes estudiantes de familias trabajadoras en deudores antes que licenciados). Y en el otro extremo, se nutre un ejército de personas jubiladas a las que se las ha expulsado en muchos casos contra su voluntad del mercado laboral en situación de plenas capacidades y experiencia enriquecedora, mientras crece una reserva ignorada de personas con enfermedades crónicas y discapacidades parciales que ni pueden acceder a ninguna forma de empleo, con finalidades que pueden ser tanto terapéuticas como de incluir una necesaria gratificación personal y social.

Esta situación representa para millones de personas, más allá de la degradación de la salud, la pérdida de la aspiración

humana a la felicidad, y la renuncia a aquella *concepción de salud* como un estado de armonía, autonomía, bienestar y gratificación personal y colectiva respecto a uno mismo y su entorno. Sólo parece importar la inmediatez de la supervivencia, la competición, la lucha por perdurar, seguir corriendo aunque se pierda el aliento con tal de no caer. Lo “normal” por

habitual es luchar para que mañana amanezca a cualquier precio, lo que incluye la sumisión al sistema, la renuncia a una transformación real y por encima de todo, no atreverse a soñar ni a participar en una alternativa de cambio real.

La cultura de la ética y el trabajo parece haber perdido la batalla en una sociedad alienada, rendida, sometida.

La renuncia vivida como amputación forzada de esperanza y rebeldía es causa y motivo de enfermedad y sufrimiento.

Las nuevas tecnologías que podrían resultar liberadoras se ponen al servicio de la competitividad extrema, en tanto que el individualismo se entroniza como método y objetivo. Con ello se condiciona un medio de cultivo pretendidamente postmoderno en el que la infelicidad es la norma. La cultura de la ética y el trabajo parece haber perdido la batalla en una sociedad alienada, rendida, sometida, masificada a base de multiplicar hasta la enésima potencia clones de modelos individuales de “prêt-a-porter”: es el retrato de una sociedad enferma. Y como a cualquier ser enfermo, sólo un buen diagnóstico permite pensar en la curación... pero casi siempre debe empezar por la aceptación del propio sujeto enfermo. Será, por tanto, una primera tarea capital la denuncia y el diagnóstico de nuestras contradicciones y desesperaciones, colectivas e individuales. Ahora toca construir la verdadera alternativa. Y la tarea parece demasiado difícil si convenimos en que las recetas de manual ya han demostrado su ineficacia, o han quedado precozmente liquidadas al haber copiado mal y a destiempo modelos atópicos y acrónicos. Es preciso volver a Marx como inicio y método válido, no como final. Queda muchísimo por hacer, pero todavía es posible...■

Àngels Martínez i Castells es economista. Entre sus trabajos destaca la investigación “Estudi de gènere sobre els tancaments d'empreses a Catalunya”

Nota

1. Agradezco a la Fundació Pere Ardiaca y a la revista *sin permiso* la oportunidad de presentar este trabajo en las Jornadas del mismo título, y al médico y amigo Toni Barbarà la generosidad con la que me ha brindado el contenido de su comunicación. No he dudado en tomarle la palabra y reproducir en buena medida sus ideas –que comparto totalmente– en la parte final del escrito.

